

CAPÍTULO XXX

TERCERA GUERRA DE MACEDONIA (171-168)

I. - ÚLTIMOS AÑOS DE FILIPO - MUERTE DE FILOPÉMENES Y DE ANÍBAL

«Ya había paseado por todo el universo sus armas victoriosas el pueblo romano. En medio de tanta dicha, no había olvidado la moderación y dominaba las naciones, menos por la fuerza y el terror, que por la grandeza de su nombre y la sabiduría de sus consejos. Humano para con los pueblos y reyes vencidos, liberal con los aliados, no pedía para sí mismo más que el honor de la victoria: había dejado á los reyes su majestad, á los pueblos sus leyes y su libertad.»

Así comienza Tito Livio la narración de la guerra contra Perseo. Los hechos han contestado ya y van á contestar aún á este magnífico elogio de la moderación romana.

La derrota de Antíoco y la ruina de los etolios habían satisfecho el orgullo humillado de Filipo, pero al mismo tiempo había perdido los únicos auxiliares que hubieran podido salvarlo. Quedaba pues aislado enfrente de Roma, y por los ultrajes que le prodigaba ya el senado, debía comprender que estaba resuelta su ruina. En premio de su alianza durante la guerra de Antíoco, hubo de abandonar el senado las conquistas que pudiera hacer; pero apenas ganada la victoria de las Termópilas, cuando se detuvieron sus progresos. Fué á tomar á Lamia en Tesalia, y Acilio le ordenó levantar el sitio; había conquistado la Atamania, y se dió tiempo á los etolios para expulsarlo de allí. Excesivamente vigilado en la Grecia, torció hacia la Tracia, y á la sordina hizo allá conquistas importantes. Las plazas marítimas (1) de Enos y Maronea recibieron sus guarniciones; pero por esta parte lo espiaba Eumenes y hubo de denunciarlo á Roma. En cuanto se supo que las quejas de los desterrados de las ciudades eran bien acogidas, acudió á orillas del Tíber una multitud de tesalienses, magnetas y atamanes, y el senado envió tres comisarios, los cuales, para hacer ver á los griegos la humillación y flaqueza de aquel rey, ante el cual habían temblado tanto tiempo, obligaron á Filipo á comparecer ante su tribunal como un acusado ordinario (2).

Les había quitado, decían los tesalienses, quinientos jóvenes de las primeras familias; había arruinado el puerto de Tebas en la Phtiótide, en provecho de Demetriada, y tendido lazos á todos los diputados enviados por ellos á Flaminino.

Como esclavos emancipados de pronto, contestó el rey, estos hombres no saben hacer uso de la libertad, sino para agraviar á su amo. Por lo demás, añadió con altivez, no se ha puesto aun el sol por la última vez.

¿Será necesario añadir que los jueces pronunciaron contra el rey (185)?

(1) El comisario romano Fabio Labeo tuvo buen cuidado, al señalar los límites de Macedonia por la parte de Tracia, después de Cinoscéfalos, de seguir la antigua vía real, que no se acercaba nunca al mar (Lito Livio, XXXIX, 27).

(2) *Tanquam reus* (Tito Livio, XXXIX, 25).

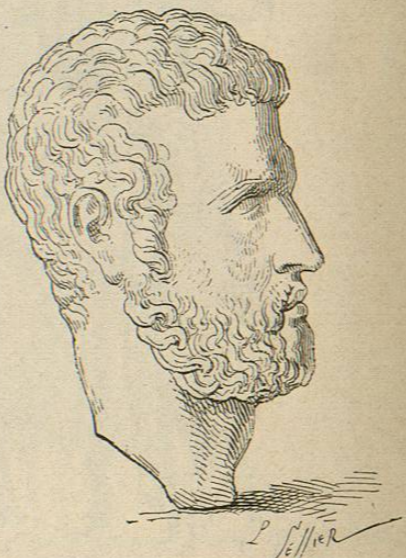
Tito Livio y Polibio lo acusan de una crueldad que era habitual en todos los reyes, y el primero refiere en prueba de ello una historia que hace ver cuán dura era la vida en aquel tiempo: Filipo había hecho matar á uno de los principales tesalios y á sus dos yernos, cuyas viudas tenían cada una un hijo de menor edad: una de ellas rehusó contraer segundas nupcias, y la otra se casó con Poris, uno de los más considerables ciudadanos de Enia en Calcídica y murió después de haberle dado muchos hijos. Para velar más de cerca por la educación de sus sobrinos, Teóxene, como se llamaba la hermana superstite, unió su destino al de Poris y fué una verdadera madre de todos sus hijos. Entonces llegó una orden del rey prescribiendo que se le entregaran los hijos de los que había hecho morir. Sin duda la muerte ó la infamia los esperaba. Teóxene declaró que antes los mataría que entregarlos, y Poris procuró ponerse ensalvo huyendo. Embarcóse de noche con todos los suyos para dirigirse á Atenas; sino que el viento era contrario y cuando amaneció, todavía estaban á vista del puerto. Un barco salió á darles caza.

Teóxene, que había previsto el peligro y estaba resuelta á librar de él á sus hijos, llevaba consigo armas y veneno. «La muerte, les dijo, es nuestro único recurso: he aquí dos medios de morir». Y unos tomaron el veneno y otros el puñal. Teóxene los arrojó moribundos á la mar, á cuyo abismo los siguió muy luego ella abrazada á su esposo (3).

Por más acostumbrado que se estuviera entonces á semejantes destinos, este trágico fin de una familia entera excitó grande horror en los ánimos, y el piadoso historiador cree que desde aquel día, señalaron los dioses por víctima al rey de Macedonia. Roma pues iba á encargarse de inmolarla ejecutando los decretos de lo alto.

Pero la intervención de los dioses no era necesaria; la política bastaba, y el mismo rey la ponía contra sí con sus procedimientos imprudentes, que hubo de considerar como provocaciones el senado romano. Bueno era abrir minas, establecer nuevos impuestos, favorecer al comercio; pero no

(3) Tito Livio, XL, 4.



T. Q. Flaminino



Moneda de Filipópolis (1)

hubo de invertir en llegar á la cima, cubierta de densa niebla, y allí levantó dos altares, uno á Júpiter y otro al Sol; pero no vió más que las feraces llanuras de la Mesia y de la Tracia.

Cuando descendió de la montaña, la nueva de esta extraña expedición, de esta impotente amenaza corría ya camino de Roma. Algún tiempo antes, para adormecer la vigilancia del senado, le había enviado Filipo su hijo Demetrio, á quien una larga permanencia en Roma, como uno de los rehenes, y los miramientos y honores calculados habían apegado á los intereses romanos. Arrojo la división y el odio hasta en la casa real con habilidad mortífera, el senado contestó que perdonaba al padre por consideración al hijo. Demetrio debía pagar muy pronto con la vida estos pérfidos miramientos (2).

El senado también comenzaba sus preparativos haciendo servir la paz para enervar á los pueblos de la Helade ya tan flacos; trabajando á la sordina, pero sin descanso, en la disolución de las ligas y en el abatimiento de los Estados. Sus comisarios no abandonaban ya la Grecia, hallándose siempre al frente de ellos Flaminino, cuya autoridad se había aumentado aun con el cargo de censor que acababa de ejercer.

Dos hombres estorbaban en Oriente la política del senado, Filopémenes en Grecia y Aníbal en Asia, y Flaminino aceptó la vergonzosa misión de librar al pueblo rey de estos dos ancianos. Filopémenes tenía entonces setenta años, y no se hacía ilusiones sobre el porvenir de su patria, cuya libertad veía morir, sin poder siquiera darle por sepulcro un campo de batalla. «¿Tanta prisa tienes, decía el viejo guerrero con triste y amarga resignación á uno de los más celosos partidarios de Roma, tanta prisa tienes, Aristenes, en ver el último día de la Grecia?» Sin embargo luchó valerosamente. Habiendo unido imprudentemente Diófanes las

(1) La leyenda dice en nuestra lengua: Bajo la hegemonía de M. Poncio Sabino en Filipópolis. La ninfa Rodope (ΡΟΔΟΠΗ), esposa del monte Hemo y madre del río Ebro, se representa sentada en una roca. Reverso de una moneda de cobre de la ciudad que Filipo V había edificado en una colina, no lejos del Ebro.

(2) Polib., XXIV, 1 y 5. Se le hizo entender á Demetrio que los romanos lo sentarían muy pronto en el trono de Macedonia.

tropas de la liga con las de Flaminino para atacar á Esparta, Filopémenes se arrojó á la plaza y la defendió contra ellos (3). Otra vez quisieron los espartanos apoderarse de un puerto á fin de poder enviar secretamente embajadores á Roma; pero él los obligó á permanecer en la alianza y arrasó sus murallas para quitarles la gana y la facilidad de una defección: Roma exigía que los aqueos hicieran volver á los desterrados á Esparta; y Filopémenes se opuso á ello, no por odio á los pobres desterrados, sino para que no tuvieran esta obligación con los romanos.

La reunión del Peloponeso en un solo Estado adelantaba, y la reputación de la liga y la de su general se extendían á gran distancia. Seleuco, Eumenes, Tolomeo, le enviaban embajadores con ricos presentes. El senado se dió buena prisa en abatir la altivez de tal Estado, que pretendía gobernarse por sí mismo, sin dar intervención á los romanos. Exigió que Esparta pudiera separarse de la liga, y Filopémenes impidió que se recibieran sus enviados. Los enviados volvieron con la orden de que se les oyera cuantas veces lo juzgaran necesario, y fueron á la asamblea acompañados de los desterrados de Esparta, á quienes la víspera habían condenado á muerte los aqueos.

Quando Flaminino fué á pedir á Prusias la cabeza de Aníbal pasó por Mesene, y apenas hubo salido de la ciudad cuando estalló una sedición contra los aqueos, y al mismo tiempo apareció un decreto del senado por el cual se per-



Altar de Júpiter (4)

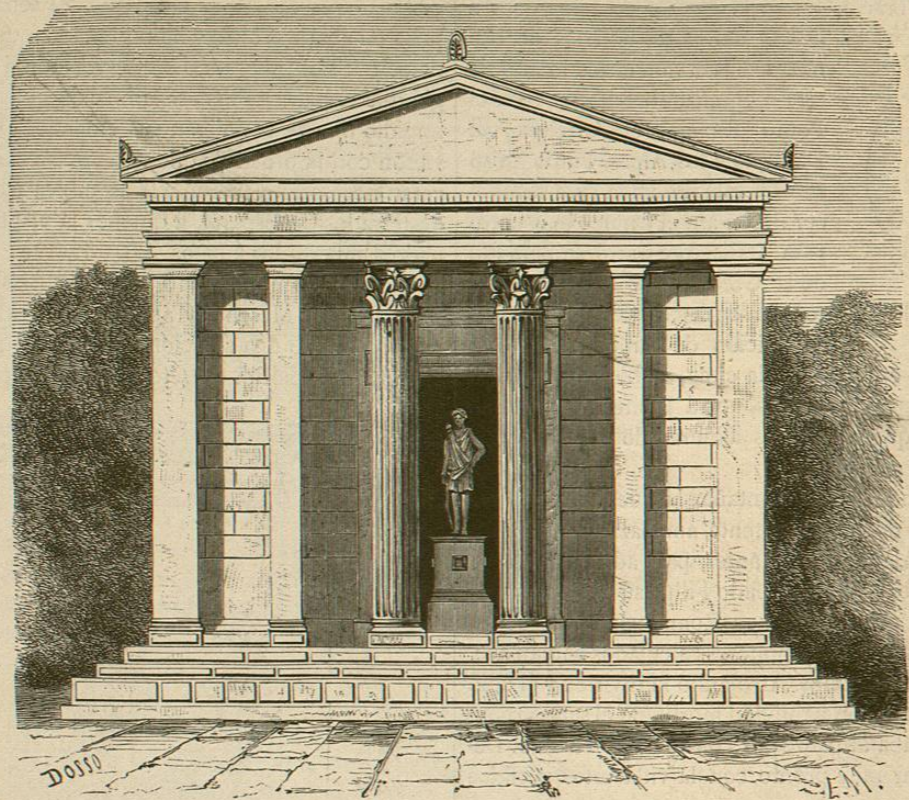
mitía á Corinto, Argos y Esparta separarse de la liga. Filopémenes estaba entonces en Megalópolis, y á pesar de sus años y de una reciente enfermedad, anduvo diez y siete leguas en un día para sofocar la insurrección; pero en un encuentro con los mesenios, se cayó del caballo, y aprehendido, fué condenado á beber la cicuta (183). Su amigo Licortas lo vengó sobre los mesenios, y la Grecia entera le hizo magníficos funerales. Polibio llevaba la urna que ence-

(3) Rehusó el título de rey de Esparta. (Polib., XX, 14.)

(4) Museo del Louvre. Frocner, núm. 40.

raba sus cenizas. «Así como, según se dice, aman las madres más á sus últimos hijos habidos en edad avanzada, la Grecia, que había engendrado á Filopémenes en su vejez y después de todos los personajes que había engendrado, lo amó con singular amor y lo llamó el último de sus hijos» (1).

Igualmente pereció Aníbal de mano de Roma. Abandonado por Antíoco, después de la jornada de Magnesia, se retiró á Creta y de allí á la Armenia, de donde Prusias lo llamó para que le ayudara con sus talentos contra Eumenes. Aníbal batió al rey de Pérgamo; pero sus victorias resonaron en Roma, y muy luego vió llegar á Flaminio á la corte de Prusias.



Templo de Diana Lafría en Mesene (restauración)

defender á Farnaces, rey de Ponto, contra Eumenes y Ariarato de Capadocia: Roma impuso la paz á los cuatro reyes. Egipto, bajo la tiranía de Epifanes y la minoridad de Filometor, se iba debilitando; Alejandría, por otra parte, parecía un mundo bastante vasto y bastante turbado para que pueblos y reyes no echaran una mirada al exterior. Cartago trabajaba en hacerse olvidar: Masinisa acababa de usurparle la tercera provincia, y ella no se atrevió más que á quejarse al senado y solicitar de él una vana promesa de garantía contra nuevas usurpaciones. En España, iba á cesar la guerra; en Italia, se había sometido casi toda la Cisalpina: solo la Macedonia permanecía en pié y fuerte.

Muy á menudo se hacía Filipo leer su tratado con los romanos para mantener vivo su resentimiento. Sus emisarios habían vuelto de orillas del Danubio, y según ellos, un pueblo numeroso, los bastarnes, aceptaban sus ofrecimientos. El rey prometía á estos bárbaros camino seguro por la Tracia adonde había llevado el terror de sus armas, les aseguraba viveres, haberes de guerra y tierras fértiles en el país de los dardanios. Una vez destruido este pueblo, esperaba poder empujar á los bastarnes sobre Italia, mientras él sublevaría la Grecia llamando á todos los reyes á la libertad.

(1) Rollin, según Plutarco (*Philopemen*, 1).

Aníbal había hecho preparar en su casa siete salidas secretas; mas cuando quiso huir estaban todas tomadas. «Libremos, dijo entonces, libremos á los romanos de sus terrores.» Y tomó una violenta ponzoña que siempre llevaba consigo (183). Así cayó el caudillo, á quien llama Montesquieu el *Coloso de la antigüedad*.

Fuera del mundo ya los dos ilustres ancianos, parecía que Roma no debía ya encontrar más que odios impotentes. En Siria, había perecido Antíoco apedreado por su pueblo, cuyos templos despojaba para pagar á Roma (187); y Seleuco su sucesor, pasó los once años de su reinado recogiendo el dinero del tributo. Un día quiso sacar la espada para

gándolo bajo mantas (182). Dícese que después reconoció Filipo la inocencia de su hijo y que el dolor hubo de conducirlo al sepulcro (179).

II. — PERSEO

Los romanos quisieron deshonorar á Perseo, después de haberlo vencido. Sus historiadores usaron contra él el derecho de la guerra *Vae victis!* y los modernos hacen lo que ellos. Pero ¿no acusa Tito Livio de impericia al mismo Aníbal? Sin embargo, alaba en Perseo la pureza de costumbres, la majestad real de su persona y su habilidad en los ejercicios y trabajos de la paz y de la guerra. Acúsalo vagamente de la muerte de su esposa y le echa en cara el pa-



Farnaces I (1)



Filipo V de Macedonia (2)

ricidio de Demetrio. Pero, según su misma narración, Perseo debía creerse verdaderamente amenazado. Lo representa como un avaro con más amor á su tesoro que á su corona, y cuando las ciudades de Macedonia le ofrecieron espontáneamente subsidios, no quiso aceptarlos; cuando Cotis lo sirvió seis meses con dos mil auxiliares, le dió por su caballería cien talentos más de lo estipulado. Más adelante veremos si algo justifica su conducta con Gencio y los bastarnes.



Perseo (3)

Perseo supo granjearse el afecto y abnegación de sus súbditos: en el exterior levantó tanto la consideración de la Macedonia, que por espacio de diez años tuvo fijos en ella los ojos del mundo. En cuanto á los asesinatos que, se le imputan, ó faltan las pruebas, como para la historia de Ramio de Brindis, ó entran en aquella política de perfidias y crímenes que seguían siempre entonces á todos los reyes, incluso los de la misma Roma. Los que habían hecho matar á Filopémenes, á Aníbal y Braquilas, no eran jueces competentes para reprochar el asesinato de Eumenes. Se puso en duda hasta su valor; y la verdad es que Perseo se encontró en todos los campos de batalla, condujo todas las ex-

(1) Cabeza diademada de Farnaces I; de una tetradracma.
(2) Cabeza de Filipo V de Macedonia, padre de Perseo. De una moneda. Mionnet, Sup., t. III.
(3) Busto del Museo del Louvre (Clarac, núm. 187), pero muy diferente de la medalla. Este debe de dar una representación más fiel del personaje.

pediciones á Tracia, á Iliria, al Epiro, contra los dardanios y la Etolia. En Pidna, con estar herido desde la víspera, se arrojó sin coraza en medio de su falange rota para rehacerla. Perseo no era pues mejor ni peor que los principales personajes de su tiempo.

Filipo, según parece, había querido dejar su trono al sobrino de su tutor, Antígono, y Perseo se dió buena maña en quitar de en medio á un rival peligroso. Pero se guardó mucho de romper de frente con el senado romano: puso á sus pies su corona en cuanto la ciñó á sus sienes, ratificó el tratado concluido con su padre, y durante seis años, sólo pareció preocupado del cuidado de desviar de sí la atención de Roma.

Sin embargo sentía que había siempre suspendida sobre su cabeza una peligrosa amenaza y que las causas que habían traído la segunda guerra de Macedonia preparaban la tercera. La terminación de la obra comenzada en Grecia por Flaminio exigía la ruina del reino macedonio. Los senadores romanos no eran hombres de escrúpulos para examinar en conciencia si aquello era justo ó honrado á lo menos; bastaba que fuera útil y con este criterio inventaron el arte, practicado después con harta frecuencia, de hacer de su propia víctima el agresor.

Perseo no concibió nunca el temerario pensamiento de hacer el papel de Aníbal ni el de Antíoco; ni siquiera disponía de los recursos que su padre poseía al romper las primeras hostilidades contra Roma: por consiguiente no podía pensar racionalmente sino en organizar la defensa de sus Estados en el silencio y en las sombras; pero la preparó energicamente.

Filipo le dejó un tesoro bien provisto, y Perseo lo aumentó aún acumulando bastantes riquezas para mantener á sueldo por espacio de diez años diez mil mercenarios. No tenía flota, y como crearla hubiera sido una declaración de guerra, renunció á tenerla; pero arruinó todas sus ciudades marítimas que no estaban en aptitud de defenderse. En sus almacenes reunió con que equipar tres ejércitos y viveres para diez años. Para sus expediciones á Tracia, había aguerido Filipo su ejército y Perseo lo ejercitó derrotando á los dolopes, que querían ponerse bajo la protección de Roma, y pudo contar con cuarenta y cinco mil buenos soldados.



Seleuco IV (4)



Prusias II (5)

Finalmente, para reunir á su alrededor á todos los macedonios, abrió las prisiones, condonó las deudas al fisco y llamó á los desterrados, á quienes por edictos fijados públicamente en Delfos, en Delos y en el templo de Minerva Itonia, se les prometía seguridad personal y restitución de bienes.

Nunca pudo Filipo hacer olvidar su crueldad á los griegos; Perseo envió embajadores á todas las ciudades para solicitar el olvido de lo pasado y una sincera alianza. Gran-

(4) Cabeza diademada de Seleuco IV, Filopator. De una tetradracma.
(5) Cabeza diademada de Prusias II. Tetradracma.